



XXIII

La primera víctima.

MUJER de ánimo esforzado, madre de siete hijos, seis de los cuales le fueron arrebatados por una muerte prematura, no le quedó más que una hija en quien concentraba todo su cariño. Viuda de un hombre honrado que había renunciado á una carrera brillante en la magistratura, para servir al país en un cargo subalterno, por no faltar á sus convicciones con actos de apoyo hacia la política dominante; cristiana de fe tan sencilla como heroica, la señora de Piumetti, la madre de Ida, aunque apenas pasaba de los sesenta años, aparecía ya en un estado de absoluta decrepitud.

Los asiduos cuidados y las pruebas duras que había sufrido en el transcurso de su existencia, quebrantaron de tal modo las fibras enérgicas de su carácter, que al acrecer con los años la impresionabilidad y sensibilidad de su sistema nervioso, le produjo una irritación ó parálisis espinal, con fenómenos alternantes de anestesia é hiperestesia, seguidos, algunas veces, de síncope profundos y continuados.

Por eso los médicos habían indicado á Ida, que evitase á su

madre, por todos los medios posibles, cualquier conmoción, porque de otro modo, en alguno de estos síncope podría sucumbir.

No hay que decir con cuánta escrupulosidad siguió Ida los consejos de los médicos, ni cuántos esfuerzos hizo para encerrar en sí misma los dolores, los afanes y las penas que destrozaban su alma. Este era el más acerbo dolor de su cariño filial.

Cada vez que sufría alguna contrariedad, lo primero en que pensaba era en la manera de ocultársela á su madre, ó, por lo menos, de presentarle las cosas de tal manera que ella no sufriese. Sin embargo, en la ocasión presente, el asunto tenía muchas dificultades, toda vez que colocada en la alternativa de abandonar el servicio del Estado ó salir de la *Alianza*, ni una ni otra determinación podía ocultársela á su madre, y mucho menos manifestársela, sin procurarle una impresión molesta, y por lo mismo más ó menos peligrosa.

Cierto es que la Condesa, al sugerirle sabiamente la idea de avisar con tiempo á la pobre señora, evitaba los peligros de una impresión desagradable que pudiera sufrir al saber por una extraña la noticia de la cesantía de su hija.

Pero al volver Ida á su casa, después del coloquio con su protectora encontró á su madre muy agravada. Aquella mañana, después de irse Ida, había sido acometida por un vértigo, con pérdida de la vista y zumbido de oídos, por lo cual tuvo que acostarse, ordenando á la criada que abriese las ventanas para respirar el aire puro y que le frotase con un poco de agua de Colonia. Así se había repuesto un poco: pero el pulso era todavía muy débil y la palidez del rostro intensísima.

Cuando vió entrar á su hija la acogió con una sonrisa de inefable ternura, y le dijo, esforzándose por aparecer serena:

—No te alarmes; no es nada... Es uno de mis achaques seniles que se van como se vienen... Ya me siento mejor. Dentro de poco podré levantarme.

Ida la besó, haciendo también un supremo esfuerzo para ocultar la terrible impresión que acababa de recibir y la angustia que ahogaba la voz en su garganta.

—Esta noche—añadió su madre mirándola atentamente—estuve un poco inquieta. No sé por qué, pero tuve el presentimiento de que te iban á despedir de la oficina... Si eso ocurriese...

Al llegar aquí se interrumpió y fué presa de un ligero temblor.

—Si eso ocurriese—replicó Ida—tendría un destino mejor.

Y casi estuvo tentada para contárselo todo, pero pronto advirtió que no era aquel el momento más apropiado, porque cualquier emoción, aunque fuese agradable, podría agravar su estado. Y además, si llegaba á saber que estaba en peligro de ser despedida, ¿quién sabe si llegaría á reconocer las ventajas del ofrecimiento que le había hecho la Condesa? Se propuso por lo tanto, volver sobre el asunto en otra ocasión, es decir, cuando su madre estuviese un poco más aliviada.

Por lo cual, desviando hábilmente el razonamiento, añadió sonriendo:

—Pero los presentimientos no son más que fantasías, mamá. Las fantasías por la noche se convierten en sueños y los sueños no son verdaderos. Conque piensa en ponerte buena y así lo estaré yo también.

.....
Entretanto, los enemigos no dormían.

El diputado Brandini, no sólo había prometido á la señora Schwitzer interpelar en la Cámara, sino también obrar privadamente cerca del Ministro á quien pidió que castigase á la Piumetti.

El Ministro, que entonces trataba de trasegar á la fracción socialista, no podía resistir á los ruegos de Brandini, y mucho más encontrando una cláusula con que encubrir su injusticia.

Porque el hecho es que el caso de nuestra telegrafista era de los más fáciles, toda vez que se trataba de una mujer á quien todavía faltaba la estabilidad en su cargo, según el nuevo reglamento orgánico, y que había provocado, además, con su actitud política, algunas demostraciones hostiles. La suerte, por tanto, de la pobre Ida fué decidida en la primera visita de Brandini con el ministro del Interior el mismo día de la famosa interpelación.

Ocho días después fué firmada la orden trasladando á Ida Piumetti á Cagliari, en Cerdeña, y además amonestada para que se abstuviese de tomar parte en toda agitación política. En suma, era un traslado por castigo.

Brandini comunicó en seguida la noticia á la señora Schwitzer en un telegrama cifrado. Lo descifró ésta y se lo comunicó en el acto á la comadrona. Aquella misma noche los periódicos de la ciudad publicaban la noticia del traslado y de la admonición oficial infligida á la telegrafista Ida Piumetti por su *fanatismo clerical*. La comadrona mandó á una infinidad de vendedores de periódicos para que voceasen la noticia bajo los balcones de la casa de Ida.

El efecto fué terrible.

Precisamente en aquellos momentos estaba Ida á la cabecera de la cama de su pobre madre, que después del último síncope no había podido abandonar el lecho, cuando oyó gritos repetidos y rumor de gentes; pero las voces llegaban hasta ella bastante confusas.

Se acercó á la ventana para escuchar; de pronto reinó un gran silencio; luego tres voces, una después de otra para hacerse oír mejor, repetían claramente el mismo grito: *¡Últimas noticias! ¡La Alianza castigada! ¡La Piumetti á Cerdeña!*

La pobre enferma que acababa de oír aquellos gritos había perdido el conocimiento. Tenía el rostro cubierto de mortal palidez, los labios descoloridos y yacía inmóvil é insensible

como un cadáver. Ida se arrodilló al pie del lecho cogiendo y cubriendo de besos la mano de su madre; pero ésta no daba señales de vida.

—¡Oh, Dios mío!... ¿Estará muerta?

Aterrorizada Ida la llamó sin obtener respuesta; le pasó la mano por la frente y sintió un sudor frío, acercó el oído á su corazón y le pareció que ya no latía.

¿Qué hacer? Ante todo vencer su abatimiento. Esto fué lo que hizo la animosa joven con valor y diligencia sobrehumana.

Llama á la criada, y pálida, temblorosa la dijo precipitadamente:

—Toma cinco liras. Monta en el primer coche que encuentres, ve al Sagrado Corazón y dile á D. Julio que venga; que mi madre se muere. Vete después y vuelve con el doctor Pellegrini, ó con cualquier otro médico si no encuentras al doctor... Anda, ve, vuela...

Desapareció la criada y la joven volvió hacia el lecho de su madre frotándole las sienes con agua de colonia. Después se acerca, la toca de nuevo y no da ningún indicio de vida. ¿Luego está muerta verdaderamente? Su corazón agoniza, pero todavía espera.

La criada desapareció y la pobre Ida se acerca de nuevo al lecho de su madre.

Abre la ventana, rocía el rostro de su madre con agua fresca y la hace respirar un frasco de colonia.

Permanece un instante espiando si da señales de vida. ¡Ninguna! Parecía un cadáver que espera entrar en el féretro para ir á la sepultura.

Pero Ida aún no se rinde. Toma del armario un frasquito de aguardiente alcanforado, vierte un poco en su mano y le da muchas friegas en la región epigástrica y precordial.

Después de esta operación vuelve á mirar á su madre. Esta no da señales de vida. ¿Luego está muerta? Su corazón agoniza, pero espera todavía.

Entonces recurre á la última tentativa. Con sus manos le abre la boca y acercando la suya le insufla el aire, como había oído decir al médico que solía hacerse en tales casos. Se siente próxima á caer axfisiada por este esfuerzo supremo, pero continúa insuflando hasta que al fin advierte que á su suspiro responde el de su pobre madre. ¿Luego está viva?

Entonces cae de rodillas y dió gracias al Señor que le ha devuelto á su madre.

.....

Cuando un momento después se levantó, la enferma había vuelto en sí y la miraba con ojos lánguidos y doloridos. Luego le dijo con voz casi imperceptible y articulando apenas las palabras:

—Me siento morir, y no me importa porque ya nada me liga á la tierra.

—¡Y yo quiero que vivas, madre mía!

Como si no hubiese oído estas palabras, la madre continuó: —Te mandan á Cerdeña porque eres una buena cristiana... Dentro de pocos días, cuando yo no exista, nadie te impedirá ir.

—Por caridad, madre mía, no te fatigues. Piensa en ponerte buena. No iremos á Cerdeña, porque tendremos con qué vivir mejor que ahora.

Pero la madre, como si nada oyese, siguió diciendo:

—Podrás ir sin impedimento... El Señor está en todas partes... Más vale el destierro con honradez y hasta el desierto, que el lujo en la deshonra... Eso decía tu pobre padre... Bienaventurados los que son perseguidos.

—Por amor del Cielo, madre de mi alma, no pienses en estas cosas que te hacen sufrir... Para mí no pido á Dios más que una gracia: que te cures pronto y que estés buena como lo deseas.

Dicho esto la besó en la frente y recibió en cambio una mirada de la enferma, de inexplicable ternura, acompañada de dos lágrimas que descendían por sus mejillas.

Vencida por una extremada languidez, la pobre señora permaneció silenciosa, con los ojos fijos en una imagen de la Virgen de los Dolores que estaba enfrente de ella, sobre una mesita. Por el movimiento ligero de sus labios se veía que rezaba.

¡Cuánta dulzura, cuánta resignación y sacrificio, cuánta serenidad de esperanza ultramundana, cuánta suavidad de paz y de dulzura se leía sobre aquel rostro macilento y cadavérico!

Don Julio, que por fortuna estaba en su casa, llegó antes que el médico. Por la larga práctica adquirida en el ejercicio de su profesión, pronto observó que el caso era grave y que no había tiempo que perder. Confortó, por lo tanto, con el lenguaje inspirado de la fe, á la madre y á la hija, recordándoles que los últimos sacramentos gozan no sólo del privilegio de confortar el alma para entrar en la vida eterna, sino que producen, con la paz del corazón, un saludable alivio para la enfermedad del cuerpo.

Antes de que le hablase, la misma enferma pidió que la confesara y le otorgase ciertas indulgencias por varias obras pías á que estaba adscrita.

Mientras tanto llegó el doctor Pellegrini, que encontró á la enferma sin fiebre, aunque incapaz de mover las piernas, paralizados los movimientos orbiculares y las pupilas dilatadas, preguntándola si había experimentado los últimos días sensaciones de creciente debilidad. Habiendo obtenido una respuesta afirmativa, la prescribió un remedio revulsivo, recomendando á la hija que la velase y la impidiese experimentar la menor conmoción.

Al despedirse se acercó á D. Julio y le dijo que se trataba de una parálisis ascendente aguda, que la axfisia se apoderaba de la enferma, quien probablemente no vería el amanecer del siguiente día.

Media hora después, el buen sacerdote le dió el último consuelo de los moribundos, el santo Viático.

Ida, que estaba arrodillada cerca del lecho de su madre, al ver entrar al sacerdote con el Huésped Divino, no pudo contener su dolor y rompió en dolientes sollozos.

—No llores, hija de mi alma, dijo con voz firme la enferma, sino alégrate y bendice al Señor porque se ha dignado hoy entrar en nuestra morada. Venid, oh Señor amado, venid por mi alma.

Cuando hubo recibido la sagrada forma, cerró los ojos y se dibujó en su rostro una expresión tan viva y profunda de fe y de piedad, que parecía reflejar todas las maravillas de aquel gran Misterio.

Así estuvo en silencio algunos instantes; luego se extendió por su frente una serenidad celestial, sonriéndose y transformándose los lineamientos de su rostro, como si una fuerza desconocida reanimase su vida, y moviendo levemente los labios, demostró que volvía á rezar.

Cuando reabrió los ojos, se volvió hacia su hija y le dijo:

—¡Ida!

Ésta se levantó, é inclinándose hacia la enferma, le dió á besar el crucifijo y se lo puso entre las manos.

La madre, con un hilo de voz apenas perceptible, mientras don Julio recomendaba á la hija que dominase su angustia, decía:

—Ida, hija mía, el Señor te bendiga como te bendice tu madre... siempre fuiste mi consuelo... has sufrido tanto por mí... todo el bien que me has hecho, lo recogerás en el Cielo... Allí te unirás con tu padre y conmigo... Perdona á todos... sí... á todos hasta... ¿sabes? Bienaventurados los que sufren... Jesús... Padre...

Vencida por una extremada debilidad, ya no pudo seguir hablando, D. Julio se apresuró á darla la Extremaunción y la bendición apostólica *in articulis mortis*, mientras la hija arrodillada de nuevo al pie del lecho, con voz angustiada, entrecortada por amargos sollozos, respondió á las preces del ritual.

Ahora, el último instante estaba muy próximo. La moribunda ya no veía, ni conocía á nadie. Fué acometida de un estertor ligero cada vez más debil; sus labios todavía seguían moviéndose con un movimiento casi imperceptible. Á las palabras del sacerdote que le recomendaba el alma: *aperiantur ei cæli, colaententur ei angeli*, la moribunda había expirado.

Sobre su rostro se difundió tal aspecto de serenidad y de paz, que D. Julio permaneció contemplándole algunos instantes y al salir dijo conmovido á Ida:—Tu madre está en el cielo y ruega por ti...

En su inmenso dolor Ida encontró en su protectora el consuelo que necesitaba. La Condesa llegó á casa de la pobre huérfana en el terrible momento en que su madre expiraba, de modo que sus brazos fueron los primeros que se entrelazaron á su cuello... Aquella misma noche dos damas de la *Alianza* velaron el cadáver.

Modesto, sin flores, ni guirnaldas, por voluntad de Ida, el cadáver fué acompañado por todas las señoras de la *Alianza*. El pueblo que presenciaba el desfile del cortejo fúnebre, estaba visiblemente conmovido, y las mujeres bendecían á la difunta, á su hija, á la *Alianza femenina* y á su Presidenta.

Mientras el féretro salía de la Iglesia para ser llevado al camposanto, uno de los cuatro telegrafistas, compañeros de Ida, que llevaban las cintas, se puso pálido. Había descubierto á una mujer, que al través del espesísimo velo que ocultaba su semblante, lanzaba relámpagos de luz siniestra, y en aquellos relámpagos el deudor de la comadrona reconoció la feroz alegría del verdugo que asiste á los funerales de su propia víctima.



XXIV

Entre el yunque y el martillo.

HACIA la mitad de la carretera principal que conducía á la gran fábrica de hilados de Jordini, distante un par de kilómetros de la ciudad, la *Alianza femenina* había levantado un *Albergue* para las jóvenes obreras, confiando la dirección á las monjas. Por lo tanto las trabajadoras de la fábrica, así como también las jóvenes que llegaban á la ciudad en busca de trabajo, encontraban alojamiento y alimento gratis en cualquier momento.

Ciertamente recordará el lector á aquella pobre Giorgina, encontrada por Ida en la iglesia, y cómo este encuentro fué favorable á nuestra heroína abriéndole el camino para conocer á la condesa Storni y entrar en la *Alianza femenina*.

La noche de la entrevista en la iglesia, Giorgina no fué á ver á Ida como ésta le había recomendado; pero á la mañana siguiente una *veloz*, encargada por la Condesa con el objeto de recoger á la joven, la encontró luchando con los espasmos producidos por una dosis de sublimado corrosivo que había tomado, mientras la buena mujer de su país, no adivinando la causa de aquellas convulsiones, le preparaba remedios caseros.

Se hizo venir en el acto un coche, y la *veloz* salió con Gior-

gina conduciéndola al hospital más próximo, donde con un enérgico vomitivo se llegó á tiempo de salvarla.

La pobre joven confesó después que había robado el veneno á su amo antes de que éste la arrojara de su casa. Durante algunas semanas permaneció muda y congestionada, aunque se mostraba complaciente y cariñosa con todos. No hacía más que llorar, y trabajar sin descanso.

Por último, vino Ida á consolarla, y al verla la infeliz Georgina, rompió á llorar amargamente, se arrojó á sus pies implorando su perdón por el hecho horrible que había tratado de realizar, manifestándole que estaba dispuesta á hacer todo lo que le mandase, excepto volver á su país.

Pronto advirtió Ida que aquella joven, por el temple viril de su alma, podría prestar útiles servicios á la *Alianza femenina*, especialmente después de la amarguísima experiencia de la propia desventura y el peligro extremo de que había salvado por milagro. Alcanzó, por tanto, para ella labor en la fábrica de Sordini y asilo en el albergue de la *Alianza* para las operarias. Dócil y sumisa como una niña, fiel en observar el orden doméstico, siempre pronta en las prácticas religiosas, abierta y franca con todas sus compañeras, la joven Giorgina ejerció sobre ellas una influencia indiscutible, y merced á su esfuerzo la comunidad adquirió el orden, la armonía y la regularidad de una familia verdaderamente cristiana.

En los talleres, las condiciones del trabajo en cuanto á la higiene, salarios y reposo festivo, eran ventajosas para las operarias, si bien los privilegios de las mujeres fuesen superiores á las de los hombres. Honrado, justo, liberal y generoso se mostraba el señor Sordini con todos; su esposa, dama de gran piedad, mostraba también un corazón verdaderamente maternal, especialmente hacia los enfermos y los niños de los obreros que le llamaban la *mamá señora*, y cada vez que la veían la rodeaban con gritos de júbilo.

En tales condiciones, la concordia y la paz habían reinado durante mucho tiempo en la fábrica de Sordini, como en una gran familia, sabiamente dirigida y felizmente ordenada. El dueño de ella había procurado, para conservar tales beneficios, excluir de los haberes al elemento de la ciudad casi todo infestado por el socialismo, no admitiendo en ella más que á la gente del campo.

Pero el socialismo revolucionario, con una propaganda asidua, había conseguido hacer algunos prosélitos entre los obreros de la fábrica; varios jóvenes habían caído en la red, y se habían inscripto en la cámara del trabajo en la sección de la industria fértil. La semilla de la discordia y de la lucha de clases pronto debía de dar sus frutos. No tardaron en verse en manos de los obreros, periódicos, folletos y hojas volantes llenos de ideas subversivas. A esto siguieron discursos en igual tono, llenos de sarcasmos contra la religión, contra los patronos y contra el pudor, pronunciados en la Cámara del trabajo, con amenazas de rebelión.

Ya resultaba evidente que el espíritu de familia, la unidad moral, la concordia y la paz no reinaba entre los obreros, apareciendo los primeros síntomas de una crisis profunda que debía conducir á la lucha entre los aliados y los adversarios del socialismo. En el primer campo se alistaban los hombres y en parte las mujeres de sus familias; en el segundo eran poco numerosos los hombres y abundaban las mujeres, á cuya cabeza, por el prestigio que había alcanzado, se encontraba, Giorgina.

De la agitación, encubierta en semejante transformación social, el señor Sordini aparentó no haberse enterado delante de los obreros; pero, sin embargo, hablaba de ella con su mujer y con el director técnico, declarando que no siendo posible atajar el mal, era mejor dejarle que se propagase libremente, para extirparlo en ocasión oportuna.

A su mujer le decía muchas veces:

—Tú continúa haciendo beneficios como hasta el día á esos ingratos.

Y al Director técnico:

—Trátelos usted con la misma cortesía. Exijales sólo el cumplimiento del reglamento... Yo siempre he de estar á su lado.

Esta era precisamente la actitud que observaba el Director, un ingeniero alemán, tranquilo y firme como lo son casi todos los de su raza.

El método era ciertamente justo; pero precisamente por eso debía irritar á los operarios socialistas y apresurar algún acontecimiento funesto.

Para la inteligencia de nuestra narración, adviertan los lectores que las condiciones de la fábrica de Sordini se encontraban en este estado, antes de que Ida perdiese á su pobre madre, y que fueron empeorando en los tres meses que siguieron á esta desventura doméstica.

Entretanto Ida había ido á vivir con la Condesa, habiendo obtenido del Gobierno, por recomendación de dicha señora cerca de un alto dignatario de la corte, una licencia para ir á tomar posesión de su nuevo destino en Cerdeña. También había interpuesto ante el Consejo de Estado un recurso contra su traslado, pidiendo en él la anulación de la orden...

La mañana de un domingo, Giorgina vino presurosa á la ciudad, para ver á Ida, á su *angel bueno* como *ella* decía, y encontrándola en sus habitaciones le dijo con aire serio y misterioso:

—Vengo á ver á usted, porque allá, en la fábrica, las cosas se presentan mal.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ayer noche hubo un tumulto. Al pagar los jornales á los obreros, el Cajero descontó algunas multas impuestas por el Director. Los castigados protestaron y fueron apoyados por los socialistas. Se oyeron gritos, amenazas, blasfemias; inter-

vino el Director que frío como el mármol explicó, con el reglamento en la mano, la razón de las multas. Pero esto fué como echar leña al fuego. El Director, más frío que antes, dijo que tres de los más furiosos trabajadores estaban despedidos de la fábrica de Sordini.

—Pues bien, déjalos que se vayan. Vosotras las operarias no entráis para nada en esos asuntos.

—¿Cómo que no entramos? Pues si se va á declarar la huelga obligatoria para todos!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Todos los obreros... Apenas indicado el licenciamiento de los tres agitadores, éstos salieron gritando como energúmenos, entonces se les unieron otros y promovieron un gran tumulto; cantando el himno de los trabajadores y gritando: ¡Muera el Director! ¡Viva la huelga!

—Ya se calmarán. Demasiado saben ellos que con Sordini no se juega, ni con el Director tampoco.

—No; yo le aseguro á usted que esta vez la mecha está encendida y que la explosión no faltará.

—Pues esperemos á que estalle... El diablo no es tan feo como lo pintan.

—¡No conoce usted como yo á los diablos de la fábrica!

Ida sonrió y la miró como para leer en su rostro lo que pensaba.

—Sí, señora, replicó Giorgina; nuestros diablos son capaces de todo. Tengo la prueba de ello; además esa infame comadrona que odia á nuestro albergue, daría un ojo de la cara para destruirlo con la dinamita. Brandini y ella son uña y carne. Tenga usted, pues, por seguro que esos dos monstruos promoverán la huelga, de grado ó por fuerza.

—¡Cuidado, Giorgina, que quien piense mal...!

—Acierta. Es preciso estar preparadas, señorita. No sabe usted de qué clase de gente se trata.

— Pues bien, dijo Ida que comprendía la fuerza del razonamiento de Giorgina, ¿qué hareis vosotras en el albergue si mañana estalla la huelga?

—Aquí está el busilis... Para saberlo he venido á verla.

Permaneció Ida un momento pensativa y luego la preguntó nuevamente:

—¿Estais todas unidas?; es decir, váyase ó no al trabajo, no habrá divisiones?

—Escuche; á mí me parece que con nuestras bravas operarias podemos contar seguramente. Están de tal modo identificadas con la *Alianza*, por los beneficios que reciben de ella, que bastaría una sola palabra de la Presidenta para tenerlas sujetas.

—Entonces todo marchará á pedir de boca.

—Pero si hoy estalla la huelga, ¿qué es lo que debo decir á mis compañeras para aquietarlas?

—Que no tomen resolución alguna hasta esta noche y que entretanto no se muestren con nadie ni enemigas ni partidarias de la huelga.

—¿Y esta noche?

—Cada cual será libre de hacer lo que guste, después que haya conocido la proposición de la *Alianza* que será la más ventajosa para todas ellas.

—Y cuál será esa proposición?

Ida volvió á sonreír, diciendo:

—¡Eres curiosa de veras! En este momento ni yo misma la conozco... ¿Si todavía no ha estallado el conflicto, cómo quieres conocer su solución?

—Es decir, que estamos entre el yunque y el martillo. O hay que ir á la huelga con los socialistas, ó hay que ir á trabajar á pesar suyo.

—Por eso no se deben precipitar las cosas. Hoy mismo irá alguna de nosotras á hablar con el Sr. Sordini y antes de la no-

che todas las operarias del albergue estarán enteradas de todo. Ahora voy yo á hablar con la señora Condesa respecto de este asunto. Y tú cuida de procurar que reine la mayor armonía entre tus compañeras... Adios.

Giorgina tomó la mano de su *angel bueno*, y se la estrechó con tal fuerza, que la joven no pudo menos de lanzar un débil quejido. Después la miró en silencio como para expresarle con los ojos toda su gratitud, y luego se fué enjugando una lágrima.